

Para Phyllis, Bob, Jay, Jerry y Jack

TE MEREDES LO MEJOR DE LA VIDA
El mejor trabajo, el mejor entorno,
el mejor sueldo, los mejores contactos.

Leído en un anuncio del *New York Times*

Las vemos todos los días a las nueve menos cuarto de la mañana saliendo a toda prisa de las fauces del metro, inundando la estación de Grand Central, cruzando las avenidas Lexington, Park, Madison y la Quinta, cientos y cientos de mujeres jóvenes. Unas parecen nerviosas, otras enfadadas, y algunas es como si todavía no se hubieran levantado de la cama. Algunas están de pie desde las seis y media, las que tienen que venir en transporte público desde Brooklyn, Yonkers, Staten Island y Connecticut. Llevan el periódico de la mañana y unos bolsos llenos hasta los topes. Algunas llevan abrigos de paño rosa o verde manzana, zapatos de salón con correa en el tobillo de hace cinco años, y el pelo recogido en ondas con horquillas debajo de un pañuelo anudado en la barbilla. Otras llevan vestidos negros muy elegantes (puede que sean de la temporada anterior, pero ¿qué más da?, solo lo saben ellas) y guantes de cabritilla, y llevan el almuerzo en bolsas de los almacenes Bonwit Teller con ramilletes de violetas. Ninguna tiene demasiado dinero.

A las ocho cuarenta y cinco de la mañana del miércoles 2 de enero de 1952, una chica de veinte años llamada Caroline Bender salió de la estación de Grand Central y encaminó sus pasos en dirección oeste, hacia Radio City. Era más que guapa, con el pelo oscuro, los ojos claros y un semblante que reflejaba una mezcla de dulzura e inteligencia considerables. Vestía un traje de tweed gris que había si-

do su atuendo habitual cuando quería ir arreglada en la universidad, y llevaba un maletín pequeño que contenía una cartera con cinco dólares en su interior, un fajo de billetes de tren, algunos artículos de maquillaje y tres revistas: *The Cross*, *My Secret Life* y *America's Woman*.

Era una de esas mañanas frías y neblinosas de mediados de invierno en Nueva York, de las que hacen que la gente piense en enfermedades respiratorias. Caroline caminaba a toda prisa entre la muchedumbre, sin apenas fijarse en nadie, nerviosa, un poco asustada y casi eufórica. Era su primer día en el primer trabajo que tenía en su vida, y no se consideraba una mujer con una carrera profesional, desde luego. El año anterior, al pensar en ese día húmedo de enero, había creído que para entonces estaría casada. Puesto que estaba prometida, parecía lo más lógico. Sin embargo, ya no tenía novio ni nadie que le interesase, y el nuevo trabajo le procuraba algo más que ventajas económicas: era una necesidad emocional. No estaba segura de que trabajar de secretaria en una sección de mecanografía pudiese ser apasionante, pero no iba a tener más remedio que hacer que lo fuese. Porque de lo contrario tendría tiempo para pensar, y entonces recordaría demasiadas cosas...

Fabian Publications ocupaba cinco plantas con aire acondicionado en uno de los modernos edificios de Radio City. En aquella primera semana del nuevo año, la empresa acababa de finalizar el período de contratación anual; tres secretarías habían abandonado la sección de mecanografía, una para casarse y las otras dos por un trabajo mejor. Habían contratado a tres secretarías nuevas que debían incorporarse el miércoles 2 de enero. Una de ellas era Caroline Bender.

Faltaban cinco minutos para las nueve cuando Caroline llegó a la planta donde estaba ubicada la sección de mecanografía, y se sorprendió al encontrarse con la gran sala a oscuras y todas las máquinas de escribir aún tapadas con sus fundas. Había temido llegar tarde y

ahora resultaba que era la primera. Encontró el interruptor que encendía las luces del techo y empezó a pasearse arriba y abajo esperando a que apareciese alguien. Había un enorme espacio central con hileras de mesas para las secretarías y, alrededor, las puertas cerradas de los despachos de los editores. Algunas de estas lucían todavía campanillas de Navidad y lazos rojos pegados con cinta adhesiva, que tenían un aire desmadejado y triste ahora que las fiestas habían terminado.

Curioseó en el interior de algunos despachos y vio que su tamaño parecía aumentar en proporción a la importancia de su ocupante, desde pequeños cubículos con el suelo embaldosado y dos mesas hasta despachos más amplios con una sola mesa, y por último, dos despachos de enormes dimensiones con moqueta, sillones de piel y paredes revestidas de madera. Por los libros y las revistas desperdigados en ambos despachos, dedujo que uno debía de pertenecer al editor de Derby Books y el otro al editor de la revista *The Cross*. En ese momento oyó voces en la sala principal, y también risas y saludos. Sintióse muy cohibida de pronto, salió despacio del despacho del editor.

Eran las nueve en punto y la sala se inundó rápidamente de chicas, ninguna de las cuales se percató de su presencia. La operadora del teletipo se estaba quitando las horquillas de los rizos del pelo, y una mecanógrafa iba de mesa en mesa recogiendo vasos de cristal vacíos y anotando quién quería café. Se retiraban las fundas de las máquinas de escribir, se colgaban los abrigos, se despleaban los periódicos sobre las mesas para su lectura, y cada nueva llegada era recibida con un coro de grititos entusiastas. Era como si hubiesen estado separadas cuatro semanas, en lugar de cuatro días. Caroline no sabía qué mesa era la suya y le daba apuro sentarse en la de otra, así que permaneció de pie, observando, y por primera vez esa mañana se sintió como si fuera una intrusa en un club privado.

Un hombre hizo su entrada en ese momento, con paso rápido y una expresión risueña y un tanto cohibida, como si acabase de interrumpir una reunión de amigos. Al verlo algunas chicas se enderezaron en su asiento y trataron de adoptar un aire más profesional. El hombre debía de rondar la cincuentena y era de estatura media pero flaco, de manera que parecía más menudo, con la cara pálida y demacrada que parecía aún más ajada por los indicios de que en otro tiempo había sido muy atractiva. Se detuvo junto a la fuente de agua y estuvo bebiendo largo rato, luego se irguió y entró en uno de los despachos de los editores. Llevaba un abrigo de pelo de camello con una enorme quemadura de cigarrillo en la solapa.

—¿Quién es ese? —preguntó Caroline a la chica que tenía más cerca.

—El señor Rice, el editor de *The Cross*. Tú eres nueva, ¿verdad? —señaló la chica—. Me llamo Mary Agnes.

—Hola, yo soy Caroline.

—Espero que te guste trabajar aquí —dijo Mary Agnes. Era una joven delgada, del montón, con el pelo castaño oscuro y ondulado; vestía una falda de lana negra y una blusa blanca transparente de nailon. Estaba plana como una tabla de planchar.

—Eso espero yo también —repuso Caroline.

—Bueno, puedes quedarte con una de esas dos mesas de ahí si quieres guardar algo. Esta semana trabajarás para la señorita Farrow porque su secretaria la ha dejado. Normalmente llega sobre las diez. Te enseñará las oficinas y te presentará al personal. ¿Te apetece tomar un café?

—Sí, me encantaría —contestó Caroline. Metió su maletín y los guantes en el cajón de una de las mesas vacías y colgó la chaqueta en el respaldo de la silla.

Mary Agnes hizo señas a la chica que se ocupaba de tomar nota de los cafés.

—Brenda, te presento a Caroline.

—Encantada —dijo Brenda. Era regordeta, rubia y bastante guapa, pero cuando sonreía su mala dentadura confería a su rostro un aspecto lobuno—. ¿Cómo quieres el café? Te aconsejo que te lo tomes en vaso de cristal, en lugar de uno desechable.

—Gracias —dijo Caroline.

Brenda regresó a su mesa contoneando las caderas.

—Ten cuidado con ella —le advirtió Mary Agnes con tono de complicidad cuando vio que la otra no podía oírlas—. Hace pagar el café y el vaso de cristal, y luego devuelve el vaso y se queda con el dinero del depósito. No se lo consientas.

—De acuerdo —dijo Caroline.

—¿Tienes la llave del aseo de señoras?

—No.

—Usa la mía hasta que te den la tuya. Solo tienes que pedírmela. ¿Te has fijado en sus dientes?

—¿Los dientes de quién?

—Los de Brenda. Está a punto de casarse y se está quitando todos los dientes picados para que su marido tenga que pagarle los nuevos. ¿Habías oído cosa semejante alguna vez? —Mary Agnes se echó a reír y empezó a introducir hojas de papel carbón y papel de carta en el rodillo de su máquina de escribir.

—¿Y cómo es el señor... Rice? Se llama así, ¿no? —preguntó Caroline. Le gustaban los abrigos de pelo de camello en los hombres, le recordaban a los personajes de *Un gran reportaje*.

Una expresión de genuina compasión se apoderó del rostro de Mary Agnes.

—Es muy triste —dijo—. Me dan mucha pena las personas como él. Ojalá alguien pudiese ayudarlo.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa?

—Espera a leer esa revista que publica. Es para ponerse enferma.

—¿Quieres decir que escribe esas cosas porque las cree de verdad?

—Peor... —contestó Mary Agnes—. Las escribe porque no cree en nada. Sus artículos parecen muy piadosos, pero son pura palabrería. Me dan pena los pobres infelices que se los creen, pero aún me da más pena el señor Rice. Muchas veces pienso que debe de sentirse muy solo. —Esbozó una sonrisa de tristeza—. Pero no me tires de la lengua, no me hagas hablar de la falta de fe del señor Rice. Es un tema que me angustia mucho y tengo que pasar a máquina esas cartas.

—A lo mejor podríamos almorzar juntas —propuso Caroline.

—Huy, eso estaría muy bien... pero no puedo. Siempre almuerzo con mi novio. Bueno, algunos días él viene aquí con su almuerzo y se lo come conmigo y otros días yo voy al centro con mis sándwiches y me los como con él. Trabaja unas manzanas más abajo, en una fábrica de muebles. Estamos ahorrando. Nos casaremos en junio del año que viene.

—Falta todavía mucho —señaló Caroline.

—Sí, ya lo sé —repuso Mary Agnes—. Pero podría faltar aún mucho más.

—Te deseo mucha suerte, de verdad —dijo Caroline. Se fue a su mesa y se sentó. Había aceptado aquel trabajo para ahuyentar cualquier pensamiento relacionado con el matrimonio, y resultaba que las dos primeras chicas que conocía estaban prometidas. Muy bien, vaciaría los cajones de su mesa, luego llegaría la señorita Comosella-me y seguramente le encargaría más trabajo del que sería capaz de asumir, nerviosa como estaba en su primer día, y su cabeza no tardaría en estar tan llena de los problemas de la oficina que no le quedaría espacio para recordar lo que no debía.

Tenía una lista mental de las cosas que había de mantener alejadas de su pensamiento, pero resultaba muy difícil, porque se trataba de

cosas cotidianas para el resto del mundo y surgían en las conversaciones cada dos por tres. Los chicos que se llamaban Eddie. París. Casi cualquier canción de Noel Coward. Tres o cuatro restaurantes. El chianti. Cualquier libro o relato de F. Scott Fitzgerald. W. B. Yeats. Barcos de vapor con rumbo a Europa. Barcos de vapor procedentes de Europa.

Lo cierto era que en el fondo no quería olvidar nada de aquello, porque en su momento había sido sinónimo de felicidad. Solo quería que algún día fuera capaz de recordarlo sin que le produjese dolor. Ahí estaba la clave, en conservar todos los buenos recuerdos del pasado y deshacerse de los dolorosos.

Cursaba tercero en Radcliffe cuando conoció a Eddie Harris. Él estudiaba su último curso en Harvard. Era un chico encantador, divertido y muy atractivo, tocaba jazz en el piano, leía libros de los que nadie había oído hablar y tenía un sentido del humor capaz de hacer que Caroline se desternillara de risa durante horas. También le daban ataques de melancolía a veces, y entonces se paseaba arriba y abajo por su cuarto con un suéter de cuello de cisne y pantalones caquí, con los pies descalzos, ponía canciones de Noel Coward en el tocadiscos y durante varios días no dirigía la palabra a nadie más que a ella. Sacaba las mejores notas en la facultad con el mínimo esfuerzo, o al menos eso parecía, y su familia tenía dinero. Caroline no podía creer que aquello le estuviese pasando a ella, una chiquilla de dieciocho años que nunca había conocido a ningún chico que le hiciese ni pizca de gracia, y ahora resultaba que Eddie Harris estaba enamorado de ella y ella lo adoraba.

Estaba casi segura de que quería a Eddie más que él a ella, pero él era un hombre al fin y al cabo, y ya se sabe que los hombres tienen otras preocupaciones.

Tenían previsto casarse en otoño, después de que él se graduase en Harvard. Mientras tanto, ella se matricularía en las clases de vera-

no para obtener un diploma universitario. Era algo en lo que sus padres habían insistido mucho; entonces solo tenía diecinueve años, y le habían dicho que se arrepentiría algún día si, después de haber llegado tan lejos en sus estudios, los dejaba a medias. Las muchachas de diecinueve años no debían tener prisa en contraer matrimonio, le dijeron, aunque lo cierto era que estaban tan contentos como ella con su compromiso con Eddie. Este la animó a seguir estudiando y, por supuesto, ella habría hecho cualquier cosa que él le pidiera, a pesar de que en realidad no entendía de qué le iban a servir unos cuantos meses más de clases, cuando el simple hecho de estar cerca de Eddie la hacía mucho más consciente de todo cuanto leía, escuchaba y veía, hasta el punto de que se sentía una persona diferente. Se suponía que la universidad debía enseñar a pensar por uno mismo, ¿no? Bueno, pues Eddie la hacía pensar por sí misma, y lo que en realidad quería de la vida era ser una buena esposa, una mujer interesante para su marido, y no memorizar otro centenar de frases de Shakespeare.

El caso es que Caroline fue a las clases de verano y los padres de Eddie lo enviaron de viaje a Europa como regalo de graduación. A ella le pareció que habría sido un detalle mucho más bonito que hubiesen esperado a que ella y Eddie fueran allí en su luna de miel, pero eso le hizo sentirse tan egoísta que ni siquiera se le ocurrió mencionárselo a él. En Harvard y Radcliffe, los viajes al extranjero habían experimentado un auge extraordinario: todos querían correr mundo. En aquellos primeros años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, viajar era una experiencia nueva para su generación, y Caroline ya estaba hasta la coronilla de oír en todos los cócteles a los que iba la misma conversación, que consistía básicamente en mencionar el nombre de una ciudad tras otra. Ella mantenía la boca cerrada y todos le decían: «Pero... habrás estado en Europa, ¿no?». Le hacían mucha gracia los universitarios que iban a París para luego sentarse en una cafetería buscando chicas americanas a las que habían conocido en su país,

pero sabía que Eddie sabría sacarle mucho más partido a su viaje al Viejo Continente.

Cuando fue a despedirle al barco, lo obsequió con una botella de champán y una sonrisa valiente, a pesar de que mientras se besaban lo único que quería era gritar: «¡Llévame contigo, no te vayas solo!». Él le dijo que solo iban a ser seis semanas, que el tiempo pasaría volando y que pensaría en ella a todas horas. «Échame de menos un poquito», le dijo, sonriendo, cuando ambos sabían perfectamente que lo que quería decir era que lo echase mucho de menos, y que iba a ser así tanto si él se lo pedía como si no. Una vez en cubierta, Eddie se encontró con los padres de una chica a la que había conocido años atrás, cuando estudiaba secundaria, Helen Lowe, y se pegó como una lapa al padre de la joven. «¿Lo ves? —le decía su sonrisa a Caroline con aire reconfortante, mientras el barco se alejaba del muelle—. Aquí estoy, con este agradable hombre de mediana edad. ¿Ves como soy perfectamente capaz de no meterme en líos?»

Helen también estaba a bordo, en su camarote, con cuatro de sus compañeras de clase de la prestigiosa Sarah Lawrence, emborrachándose con ellas. Era una chica alta y esbelta, con mucho pecho y ese pelo rubio ceniza que parece casi gris y que no se puso de moda hasta varios años después. Tenía un caniche blanco y había estudiado francés antes de emprender la travesía.

Cuando al fin hubieron pasado las seis semanas, Caroline recibió una carta el mismo día en que el barco de Eddie atracó en Nueva York sin él a bordo.

«No sé cómo decirte esto —empezaba la carta—. Es la cuarta vez que intento escribirte para decírtelo; los otros tres intentos han acabado hechos trizas en la papelera.» Parecía sentir mucha lástima de sí mismo por tener que darle la noticia. Seguramente pensaba: «¡Qué horror! ¡Qué horror...! Resulta muchísimo más fácil declararse que romper, sobre todo si aún aprecias a la persona...». Parecía sentirlo

aún más por él y por su desagradable trance que por ella, que solo tenía que leer con serenidad lo que él había escrito y ver su futuro y su felicidad hechos añicos.

Eddie siempre había detestado las situaciones desagradables. Tal vez pensaba que el matrimonio con Helen Lowe lo resolvería todo, porque era una mujer sofisticada, desenvuelta, inteligente y guapa, y su padre era propietario de varios pozos de petróleo. No se podían poner muchas objeciones a los pozos de petróleo. O quizá le había pasado lo que a los otros universitarios que viajaban a París y, sintiéndose solos, se sentaban en las cafeterías (en su caso, en la cubierta del barco) en busca de rostros conocidos. Tal vez Caroline lo había sobrestimado. Así que Helen y sus padres lo acompañaron en el viaje de vuelta a América, y al cabo de un mes tuvo lugar una boda por todo lo alto en Dallas.

Después de acabar las clases de verano, a Caroline no le quedaba ningún semestre de universidad que la ayudara a mantenerse ocupada, de modo que se matriculó en un curso de taquigrafía comercial, y tan pronto como lo hubo terminado, aceptó el primer empleo que le ofrecieron. La verdad es que no le importaba demasiado de qué trabajo se tratase, siempre y cuando fuese de nueve a cinco, lo que significaban ocho horas menos para pensar en sí misma. Se alegró mucho, no obstante, de que resultara ser un empleo en una editorial. Se compró tres de las revistas del grupo Fabian, las leyó de cabo a rabo la víspera de su primer día de trabajo y no supo decidir quiénes le parecían más raros, si los que leían semejante porquería o los que la publicaban. Sin embargo, lo más extraño era que últimamente, siempre que leía una historia con un final feliz, se echaba a llorar.

—¿Tú eres la nueva secretaria? Soy Amanda Farrow.

Caroline se levantó de un salto, espantando sus reflexiones. La mujer plantada ante su mesa debía de tener cerca de cuarenta años, era alta y delgada, con el pelo cobrizo y brillante recogido en un moño. Ves-

tía con elegancia, a la última moda. Hasta llevaba un sombrerito (bueno, más bien dos plumas tupidas) con un velo negro minúsculo.

—Me llamo Caroline Bender.

—Ven a mi despacho dentro de un momento. El número nueve.

Vio a Amanda Farrow desaparecer en el despacho y luego encontró un bloc de notas y unos lápices en el cajón de su nueva mesa. Por las pesquisas que había hecho a primera hora de la mañana, Caroline sabía que el de Amanda Farrow era uno de los despachos para ejecutivos, un rango por debajo de los despachos con moqueta. Vio cómo se encendían las luces del número nueve y esperó un momento; a continuación abrió la puerta y entró.

Amanda Farrow estaba sentada detrás de su enorme escritorio. Todavía llevaba el sombrero y estaba enfrascada en la tarea de pintarse las uñas. Había un archivador de grandes dimensiones en una pared y dos sillones frente a la mesa.

—Para empezar, puedes pedirme un café, solo y con azúcar —dijo Amanda Farrow—. Todo lo que hay que clasificar y archivar está en esta bandeja de aquí. Mi secretaria se marchó la semana pasada y esto está hecho un desastre. El correo llega cuatro veces al día, deberás abrirlo, y todo lo que requiera una respuesta personal va en esta bandeja de aquí. Puedes contestar tú misma algunas cartas, si son de algún chiflado, por ejemplo, pero enséñame todo lo que escribas antes de enviarlo. ¿Tienes tarjeta de la seguridad social?

—Todavía no.

—Bueno, pues tendrás que hacértela durante la hora del almuerzo. El señor Fabian es muy estricto y no quiere que nadie trabaje sin su tarjeta de la seguridad social. Tómate una hora para almorzar, y te quiero de vuelta a tiempo para responder a mis llamadas. Ah, y si te sobra tiempo, cómprame una caja de polvos sueltos en Saks.

A Caroline aquella mujer empezaba a caerle mal, hablaba tan rápido que era muy difícil seguirla. Se sentó en uno de los sillones que

había junto a la mesa de Amanda Farrow y levantó el auricular del teléfono para marcar el número de la cafetería.

—¡Aquí no! —exclamó la mujer, enfadada, tapando el bote de laca de uñas—. Usa tu teléfono. Tienes que contestar mis llamadas en tu mesa y decir: «Despacho de la señorita Farrow». Cuando me hayas pedido el café, vuelve aquí para que te dicte unas cartas.

Caroline se encaminó apresuradamente a su mesa, llamó a la cafetería, regresó al despacho para que su jefa le dictara unas cartas, dejó de archivar documentos para escribir al dictado otra carta y, cuando la pasaba a máquina, tuvo que abandonar de nuevo la tarea para seguir clasificando documentos. Amanda Farrow parecía tener cualquier cosa menos una mente ordenada: en cuanto pensaba en algo que quería que se hiciese de inmediato, se le ocurría otra cosa que le corría aún más prisa. Cuando sonaba el teléfono, Caroline tenía que salir a la carrera del despacho, si estaba archivando documentos, y contestar la llamada desde su mesa. De vez en cuando la señorita Farrow salía de su despacho, se acercaba a Caroline y se inclinaba sobre su hombro para ver qué hacía. La primera vez, Caroline se puso tan nerviosa que cometió dos errores.

—Creía que eras una buena mecanógrafa —dijo la señorita Farrow.

A las doce en punto, cuando llevaba dos horas en el despacho, la señorita Farrow salió a almorzar.

—¿Qué te parece tu nueva jefa? —preguntó Mary Agnes a Caroline.

—Espero que sea mi jefa solo de forma provisional —señaló Caroline con preocupación.

—Ha tenido doce secretarías en tres años —explicó Mary Agnes. Sacó del cajón de su mesa un sándwich envuelto en papel marrón y se puso un suéter blanco de fibra sintética con cuentas de vidrio recamadas—. Vamos, bajaré contigo en el ascensor.

—¿Sabes dónde puedo conseguir una tarjeta de la seguridad social?

—Hay un sitio a un par de manzanas de aquí. Será mejor que comas antes, porque tardarás horas en conseguir que te la den.

—Vaya, pues solo tengo una hora para almorzar... —dijo Caroline.

—Ella no vuelve hasta las tres y media. No se enterará. Procura estar aquí a las tres.

—¿Y cómo se las apaña para sacar adelante el trabajo? —inquirió Caroline—. ¿O es una pregunta ingenua?

—Los ejecutivos no trabajan —contestó Mary Agnes—. Cuanto más arriba se está en el escalafón, menos hay que trabajar. Hasta que llegas a ser el de arriba de todo, y entonces debes tomar decisiones, y eso es difícil. Son los que están justo debajo del de arriba los que mejor se lo montan.

Cuando Mary Agnes echó a andar en dirección al metro, Caroline bajó por la Quinta Avenida mirando a su alrededor. Todo el mundo parecía tener mucha prisa por llegar a algún sitio, encontrarse con alguien o hacer algo: chicas que intentaban hacer compras a toda velocidad en los grandes almacenes aprovechando la hora del almuerzo; mensajeros que debían entregar un sobre o un paquete a su destinatario antes de que este saliese a comer; ejecutivos que se precipitaban hacia los bares para tomarse el primer martini... En la escalinata de la catedral de Saint Patrick había algunos turistas que se enfocaban unos a otros con sus cámaras con fundas de piel, sonriendo ante la arquitectura histórica. Una bandada de palomas levantó el vuelo desde el peldaño superior con un chasquido seco y repentino, como virutas de madera blanca lanzadas al aire frío. Había salido el sol y todo resplandecía.

De pronto, una sensación de entusiasmo invadió a Caroline. Era su primer día en un trabajo nuevo, iba a ganar cincuenta dólares a la semana. Le parecía una auténtica fortuna. Aún vivía con sus padres,

en Port Blair, Nueva York, y no tenía apenas gastos, salvo los de la ropa, el almuerzo y el tren. Tal vez para el verano conseguiría un aumento y entonces podría alquilar un apartamento en Nueva York con otra chica. «Debe de haber un centenar de chicas trabajando en Fabian —pensó— y seguro que encontraré a alguna que me caiga bien y quiera compartir piso conmigo.» Siguió avanzando a empujones entre la muchedumbre, parpadeando a causa del inesperado sol de invierno, y se dio cuenta de que estaba sonriendo porque un repartidor con chaqueta de cuero le sonrió a su vez y le soltó: «Hola, guapa».

«Se cree un frescales —pensó Caroline—, pero si me volviera y le dijera: “Hola, guapetón”, seguro que se desmayaría del susto.» Se echó a reír. Estaba acostumbrada a la informalidad cordial de una pequeña ciudad universitaria, donde en el cuarto de hora que tardaba en ir de los dormitorios a las clases acababa con agujetas en la cara de tanto sonreír a todos los conocidos. Y, por supuesto, en Port Blair todo el mundo se conocía, si no en persona, al menos de oídas.

Encontró el edificio gris de aspecto lúgubre que albergaba las dependencias de la seguridad social y subió en el ascensor. Cayó en la cuenta de que se le había olvidado detenerse a almorzar, pero estaba demasiado inquieta para comer nada. La pequeña sala estaba abarrotada de gente, sentada con gesto aburrido en hileras de sillas de madera. Ocupó su lugar en la cola y miró alrededor.

¡Qué aspecto tan triste tenía todo el mundo! Era como si hiciesen cola para contar sus penas al director de un consultorio sentimental. Tal vez estuviesen así por las largas horas de espera, y es que el aburrimiento suele sacar lo peor de la cara de la gente. Caroline examinó la ropa que llevaban. La mayoría tenía los puños raídos y los tacones muy gastados. Sintió cierto complejo de culpa con su cuello de piel de mapache y sus impolutos guantes de cabritilla. ¿Dónde estaban

las personas felices y acomodadas? ¿Es que no trabajaban? ¿O es que quienes estaban en aquella sala eran los que llevaban mucho tiempo sin trabajar? Tal vez había ido a parar a la oficina de la seguridad social para los fracasados, y había otra unas manzanas más arriba o más abajo para los bendecidos por el éxito profesional.

«Yo nunca tendré ese aspecto —se dijo con determinación—. Pase lo que pase, nunca me dejaré de esa manera. Mientras tenga que seguir trabajando, sacaré algo de provecho de ello. Toda esta gente parece tener... un simple trabajo, sin más. No da la impresión de que su trabajo les guste especialmente, sino solo que no pueden hacer otra cosa. Yo no quiero parecerme a ellos, quiero que mi trabajo sea una de las fuentes de felicidad en mi vida.»

—Siguiendo —dijo el hombre con cara de aburrido que había detrás de la ventanilla. La cola avanzó un sitio.

«Es como el juego de las sillas —pensó Caroline—, solo que nadie se divierte y todos quieren salir de aquí pitando para que no los echen del trabajo.» Consultó su reloj y empezó a hojear un folleto que una mujer se había dejado en la silla.

«Proteja su futuro», rezaba el folleto. Sesenta y cinco años para las mujeres. Le parecía que le faltaba muchísimo para alcanzar esa edad. Ni siquiera se podía imaginar cómo sería su vida a los veinticinco. El año anterior, incluso seis meses atrás, creía haberlo sabido con toda certeza, pero ahora el futuro era un misterio. Se preguntó si alguna vez volvería a depararle lo mismo que había estado a punto de depararle entonces.

Regresó a su mesa a las dos en punto con su almuerzo en una bolsa de papel, la tarjeta de la seguridad social en la cartera y los polvos sueltos de la señorita Farrow, envueltos en papel de regalo, en una caja de rayas doradas y blancas. Mary Agnes estaba sentada a su mesa y parecía contenta. Brenda charlaba animadamente por teléfono, utilizando el de la oficina para ahorrar en su factura de teléfono. Sobre

la mesa contigua a la de Caroline, que había estado desocupada por la mañana, había un bolso de paja con flores cosidas y un par de guantes blancos de algodón con un agujero en un dedo.

—Hola —dijo Mary Agnes—. ¿Has podido hacerlo todo?

—Sí —contestó Caroline—. ¿Ha vuelto ya la señorita Farrow?

—¿Estás de broma?

Caroline se sentó a su mesa y empezó a comerse el sándwich. El vaso desechable de café goteaba por la parte inferior y estaba dejando un cerco en su cartapacio nuevo. Al ver la mancha le pareció que llevaba mucho tiempo trabajando en aquella mesa.

—Por fin ha llegado la tercera chica —informó Mary Agnes señalando hacia la otra mesa—. Le ha dicho al señor Rice que esta mañana se encontraba mal y él se lo ha tomado muy bien, pero luego ella me ha contado que en realidad... ¡se le había olvidado poner el despertador! ¡Habrase visto cosa más despistada! Yo no pude pegar ojo en toda la noche la víspera de mi primer día de trabajo.

—Ah, ¿así que también es su primer trabajo?

—Sí, solo lleva unas semanas en Nueva York. Es de Springs, Colorado. Acaba de salir de la escuela universitaria.

«Mary Agnes, la Louella Parsons de la planta treinta y cinco», pensó Caroline.

—Se llama April Morrison —siguió diciendo Mary Agnes—. Un nombre muy bonito, ¿no te parece? April. Es esa, la del pelo largo.

Señaló con la cabeza hacia una joven que cruzaba la estancia desde los despachos de un lado hacia el otro, con un bloc de notas en la mano, una de las chicas más raras que Caroline había visto en su vida. El rostro de April Morrison era de una belleza casi espectacular, y no llevaba maquillaje salvo un poco de pintalabios rosa pálido. El pelo, que era de un color dorado rojizo, le caía en cascada por la espalda hasta la mitad de los omoplatos; una melena enmarañada que le hacía parecer una campesina. Llevaba un traje

azul celeste de tela gabardina brillante de tan gastada. Tenía los ojos azules y grandes, la nariz delicadamente esculpida y llena de pecas, y a Caroline no le habría extrañado que en cualquier momento se encasquetase en la cabeza una de esas capotas que usaban las pioneras.

—Tiene mucha suerte de que no le hayan dado tu trabajo —le susurró Mary Agnes cuando April entró en un despacho y cerró la puerta—. La señorita Farrow se la comería viva.

—Vaya, muchas gracias —repuso Caroline—. ¿Quieres decir que yo sí tengo pinta de saber manejar a la señorita Farrow?

—Si alguien puede, esa eres tú, desde luego. Ahora bien, si te pregunta si quieres un ascenso y dejar la sección de mecanografía para convertirte en su secretaria personal, di no, no y no.

«¿Qué haría yo sin alguien para advertirme y darme consejos en mi primer día de trabajo?», se preguntó Caroline, agradecida.

—¿Has sido su secretaria alguna vez?

—Bueno, he trabajado para ella unas cuantas veces dentro de la sección, eso es todo. Pero todo el mundo sabe lo terrible que es.

—¿Y cómo eran sus anteriores secretarías?

—Sofisticadas —respondió Mary Agnes—. Un poco como tú. Con carrera universitaria; guapas, por lo general. Siempre contrata a secretarías con el potencial suficiente para llegar a convertirse en profesionales de éxito, y luego acaba odiando a esas infelices por haber tenido las agallas de intentarlo.

—Así que trabajar para la señorita Farrow debe de ser como esas pruebas que hay que pasar para ingresar en una hermandad femenina de la universidad, ¿no?

—Sí, es una buena comparación —señaló Mary Agnes.

—¿Y no hay nadie más que necesite una secretaria personal en estos momentos?

—Qué va. A todas las demás chicas les gusta su trabajo. Verás,

ser secretaria personal está muy bien, porque de ahí puedes pasar a hacer trabajo editorial. Vamos, si te interesa, claro. En mi caso, ni se me pasaría por la cabeza hacer de lectora, ni aunque me pagasen setenta y cinco dólares a la semana de entrada. Me gusta leer revistas, pero no sabría ni por dónde empezar si tuviera que hacerles una crítica.

«Pues yo sí sabría —se dijo Caroline—. Empezaría con *My Secret Life* y les diría que “Mis dos días en un desván con un maníaco sexual” es la peor bazofia que he leído en mi vida. Y seguro que venderían más ejemplares si a la gente no le diera vergüenza tener en su salón esas portadas que publican.»

—Cuidado —la avisó Mary Agnes, que se inclinó sobre sus papeles con expresión diligente. La señorita Farrow, con color en las mejillas y la respiración acompasada, caminaba con aire soñador hacia su despacho. Caroline cogió la caja de polvos sueltos y fue tras ella.

—Aquí tiene sus polvos, señorita Farrow. Los he cargado a su cuenta.

—¿Qué pasa? ¿Es que no llevabas dinero? —Era evidente que la euforia que la hora del almuerzo desataba en la señorita Farrow no se extendía al trato que dispensaba al personal de la oficina.

—Pues la verdad es que no.

La señorita Farrow arqueó las cejas.

—Qué curioso. Por tu aspecto pensé que eras otra de esas chicas graduadas en Vassar que quieren ser editoras solo porque se han especializado en lengua en la carrera.

—Estudié en Radcliffe. Y sí, me especialicé en lengua. —Caroline sonrió.

—Supongo que crees que es fácil ser editora.

—Ni siquiera estoy segura de que sea fácil ser secretaria.

La señorita Farrow la miró con suspicacia tratando de determinar si pretendía ser sarcástica o lo decía en serio. Caroline intentó

mantener una expresión neutra, divertida y un tanto humilde, y procuró no parecer intimidada.

—No es fácil ser mi secretaria —dijo la señorita Farrow al fin.

—Intentaré hacerlo lo mejor que pueda hasta que tenga una secretaria.

—¿Cuánto ganas ahora?

—Cincuenta dólares a la semana.

—O sea, que no tienes experiencia.

—Acabo de terminar un curso de seis semanas de secretariado y comercio, así que mi taquigrafía es mejor que la de cualquier chica que lleve un tiempo sin trabajar.

—Las secretarías personales empiezan con un sueldo de sesenta y cinco a la semana, ¿sabes? ¿Eres ambiciosa?

«Qué cara de antipática y desconfiada tiene esta mujer —pensó Caroline, sorprendida—. ¿Qué narices cree que voy a hacerle?»

—Bueno, sesenta y cinco suena mucho mejor que cincuenta —respondió con delicadeza.

La expresión de desconfianza se dulcificó a medias.

—Todavía no he buscado una sustituta permanente para la chica que trabajaba para mí. Tal vez no tenga que hacerlo. Ya veremos si mejoras escribiendo a máquina.

«Lo haré mejor en cuanto dejes de vigilarme mirando por encima de mi hombro», pensó Caroline.

—Tengo unas cartas preparadas en mi mesa para que me las firme. ¿Eso es todo por ahora, señorita Farrow?

—Sí —contestó la mujer con una media sonrisa—. Eso es todo por ahora.

El resto de la tarde pasó tan deprisa como había pasado la mañana, mientras la señorita Farrow lanzaba sus órdenes inconexas y Caroline trataba de cumplirlas como mejor podía. Se sentía como la chica que sabe que va a invitarla al baile el capitán del equipo de fútbol,

que, además, resulta ser un mujeriego con la peor reputación de toda la clase, y tiene que decidir qué quiere en realidad. Caroline no sabía lo que quería. Un trabajo agradable, sí, pero estancarse como Mary Agnes, no. Algo a medio camino entre lo uno y lo otro sería lo ideal, pero empezaba a darse cuenta de que el mundo laboral era más complicado de lo que había imaginado. En ese momento el trabajo de oficina le parecía de lo más apasionante y agotador, pero sabía que eso solo se debía a la novedad y que al cabo de unas semanas le resultaría aburridísimo. Su cerebro necesitaba una tarea más creativa. Pero lo más importante era que, si se quedaba estancada en un trabajo que la aburría soberanamente, se pasaría las horas pensando en Eddie y en lo que pudo haber sido y no fue, y precisamente para escapar de eso había entrado a trabajar allí.

A las cinco menos cuarto la señorita Farrow salió de su despacho poniéndose los guantes.

—Hay un informe de lectura encima de mi mesa —dijo—. Pásalo a máquina, a doble espacio. Eso es todo por hoy, a menos que tengas algo pendiente. Buenas tardes.

—Buenas tardes, señorita Farrow.

—¡Sí, hombre...! ¿Y qué más? —masculló Mary Agnes, con justificada indignación—. Es la única editora que no escribe a máquina sus informes de lectura. Seguro que le da miedo estropearse las uñas.

Caroline se echó a reír y entró en el despacho de la señorita Farrow. Ya había oscurecido al otro lado del enorme ventanal que ocupaba la totalidad de la cuarta pared, y entre las tablillas de la persiana vio las luces de la ciudad. Subió la persiana y permaneció allí un momento. Cada recuadro de luz era un despacho, y en cada despacho de la ciudad bañada en la luz crepuscular había mujeres muy parecidas a ella, felices o desgraciadas, ambiciosas o aburridas, que tapaban sus máquinas de escribir con la funda a toda prisa para acudir al encuentro de las personas que amaban, o que tal vez retrasaban el momento

de la marcha porque ir a casa equivalía a la soledad de una larga noche oscura. De pronto un dolor le atenazó la garganta de tal modo que sintió que le costaba tragar saliva. Se dirigió a la mesa de la señora Farrow y cogió el manuscrito.

Era un legajo voluminoso, un conjunto de hojas sueltas sujetas con una goma elástica gruesa. Hojeó las primeras páginas con curiosidad y vio la primera, que llevaba el siguiente encabezamiento: «Derby Books. Hoja de comentarios».

Leyó lo que había escrito la señorita Farrow, con letra grande y pomposa. Ponía el libro por las nubes: «Un estilo ágil y espléndido. La trama trepidante me tuvo en vilo hasta el final». Mecanografió la reseña en una hoja de comentarios nueva y la adjuntó al manuscrito. Las campanas de la catedral de Saint Patrick daban las cinco en punto.

Mary Agnes abrió la puerta del despacho y se asomó. Ya se había puesto el suéter y el abrigo y llevaba el bolso en la mano.

—Hasta mañana, Caroline.

—Hasta mañana.

—No te quedes aquí toda la noche, ja, ja... —Mary Agnes se despidió con la mano y se volvió para marcharse.

—Mary Agnes...

—¿Qué?

—¿Crees que puedo llevarme este manuscrito a casa para leerme-lo? Quiero decir, ¿sabes si hay alguna norma al respecto?

—¿Quieres leértelo? ¿En tu tiempo libre?

—Creo que sería una experiencia fascinante leer un libro bueno antes de que se publique...

Mary Agnes se encogió de hombros.

—Tú misma. Haz lo que quieras. Hay unos sobres rojos muy grandes en aquel fichero de ahí.

—Gracias.

—Adiós.

La puerta se cerró y Caroline encontró un sobre en el que metió el manuscrito con cuidado. Acto seguido, recogió sus cosas y dirigió sus pasos hacia el ascensor. A las cinco y cinco la zona reservada a las mecanógrafas estaba desierta, se había despejado con tanta rapidez como si hubiera sonado una alarma antiaérea. Le llegó el sonido de una máquina de escribir desde un despacho solitario al fondo del pasillo. Había sido una jornada muy larga y empezaba a darse cuenta de lo cansada que estaba. Recordó, mientras bajaba en el ascensor, que la señorita Farrow no la había acompañado en la ronda en que Mary Agnes le había prometido. Daba igual. Al fin y al cabo, ya había tenido presentación de sobra para ser el primer día. Y se moría de ganas de leer la novela que había encontrado. Estrechó el manuscrito entre sus brazos mientras apretaba el paso para no perder el tren de las cinco y veintinueve.

